

JÜRGEN UNTERMAN

Estudio sobre las áreas lingüísticas pre-romanas de la península Ibérica

La redacción de este ensayo es consecuencia de las dificultades metodológicas ante las que nos enfrentamos a causa de la naturaleza de las fuentes de que disponemos para el estudio de las lenguas prerromanas de la Península Hispánica (1).

Una vez establecidos los fundamentos para la investigación filológica, gracias al ingenioso desciframiento de la escritura ibérica por don Manuel Gómez Moreno, el afán de los investigadores se ha concentrado, casi exclusivamente, en la búsqueda del sentido de los textos descifrados, intentando encontrar su significado bien mediante conclusiones extraídas de los propios textos, bien por el método de la filología comparada, recurriendo para ello a elementos semejantes o idénticos de otras lenguas. El hecho, probado, de que un considerable número de textos indígenas contengan una lengua indoeuropea, ha reforzado el predominio del método comparativo en el estudio de la nuestra.

Hoy día es opinión corriente, considerar completamente justificada la aplicación de los métodos y conclusiones logrados por la ciencia lingüísti-

(1) El presente trabajo es un resumen de la lección inaugural profesada por el autor en la Universidad de Tübingen, el 16 de mayo de 1960. La versión alemana original fue publicada por la casa editora Otto Harrassowitz, Wiesbaden, en 1961, bajo el título "Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien". Para la versión castellana he procurado poner al día las citas bibliográficas y eliminar en parte las explicaciones preliminares, útiles sólo para el público alemán, y sin necesidad de verme obligado a modificar las líneas fundamentales expuestas en 1960. Una versión en portugués titulada "Áreas e movimentos linguísticos na Hispânia pré-romana", debida a Mario Cardozo, se publicó en la "Revista de Guimarães", núm. 1-2, vol. LXXII, 1962, págs. 5-41. Una reseña que aporta notas críticas muy considerables y adiciones valiosas, se debe a María Lourdes Albertos, en *Zephyrus* 12, Salamanca, 1961.

Agradezco a la casa editora Harrassowitz la autorización para publicar este resumen.

ca europea sin reparar en los problemas planteados por los textos paleohispánicos. Aplicando tales métodos, durante los últimos decenios, un buen número de palabras y elementos menores se han identificado como vascuence, céltico, ilírico, berebere, ligur o de otros idiomas menos conocidos. Ahora bien, examinando más de cerca tales resultados, se comprueba que esos vestigios de tan variadas lenguas casi nunca se agrupan en áreas bien delimitadas que pudieran corresponder a aquellas en que vivían los pueblos que las hablaban, sino que, por el contrario, los testimonios identificados parecen cubrir toda la península, formando como un mosaico abigarrado de fenómenos incoherentes que, en consecuencia, no vienen a representar más que un inventario de los idiomas que en ella se hablaron.

Pero si queremos utilizar los datos lingüísticos para la historia general de las lenguas y de los pueblos, necesitamos algo más que un simple inventario: hace falta atribuir determinadas lenguas a ciertas áreas, precisando, además, la época en que tal atribución es válida; hemos de buscar unidades bien definidas, en el tiempo y en el espacio, caracterizadas por una lengua común. Una vez logradas tales unidades, que dividían la Península en áreas lingüísticas, intentaremos reunir todos los elementos encontrados dentro de cada área, como representativos de cada una de ellas, logrando así alcanzar una cierta impresión del carácter lingüístico de la Península. Sólo después de conseguido esto nos será lícito proceder a inquirir cuáles fueron las lenguas de cada área y en qué medida ofrecen semejanzas con otras, testimoniadas dentro o fuera de España. Si se omiten estas premisas, se corre el riesgo de cometer una **petitio principii**, buscando rasgos en lenguas extranjeras antes de comprobar si éstos no se explicarían mejor considerándolos miembros del conjunto cronológico-geográfico en el que se encuentran.

Claro está que el método comparativo no sirve para realizar un estudio como el esbozado más arriba. Hay que encontrar otros caminos que nos conduzcan, de una forma más segura y directa, a reconocer áreas y fronteras en los testimonios dispersos de las lenguas prerromanas hispánicas, e indagar las tendencias según las cuales dichas áreas iban a modificarse en el transcurso del tiempo.

A primera vista, las fuentes no prometen mucho éxito en la consecución de nuestras intenciones. Deberíamos disponer, por lo menos, de testimonios de dos épocas diferentes, y lo suficientemente abundantes para que se extendieran con bastante densidad por toda el área peninsular, y, con todo ello, podríamos fácilmente trazar unos mapas en los que saltara fácilmente a la vista la repartición lingüística y las tendencias de su desarrollo histórico. Pero, en realidad, las fuentes de que disponemos están, tanto geográfica como cronológicamente, distribuidas de una manera muy

poco favorable a nuestra finalidad: Testimonios directos, es decir, inscripciones en idiomas indígenas, solamente nos proporcionan información de un tercio del país; en el Norte peninsular falta por completo y en el Occidente son tan raras que, por ellas solas, nunca podrían proporcionarnos una fiel idea de sus lenguas. Además, y prescindiendo de algunas pocas y esporádicas excepciones, todos los textos pertenecen a una sola época: los dos o tres últimos siglos antes de J. C. (2). En cambio conocemos topónimos procedentes de lenguas indígenas y que están atestiguados por los autores clásicos, con una intensidad poco más o menos igual, en toda la Península. Su inconveniente está en que carecemos de datos cronológicos para ellos, pues la mayor parte de los nombres geográficos los conocemos a través de dichos autores que son ya de una época en que la toponomástica indígena estaba ya congelada a consecuencia de la integración de la Península en el mundo romano.

Inconvenientes semejantes impiden la utilización de los nombres de personas. Estos nombres se conocen, en primer lugar, por inscripciones latinas que se encuentran sobre monumentos funerarios o votivos, pero procedentes de una época en la cual los pueblos hispánicos habían ya perdido sus lenguas propias, aun cuando todavía conservaban sus antiguas tradiciones onomásticas. Encontramos, pues, en estas fuentes rasgos que pertenecen solamente a la última fase de la antroponimia indígena antes de la romanización. Aparte de que, en la Península, la antroponimia prerromana como testimonio lingüístico se nos ofrece muy restringida en el sentido geográfico, pues solamente del Norte y de Occidente poseemos nombres indígenas en número y densidad suficiente para realizar un estudio como el que intentamos.

Ahora bien, toda esta clase de testimonios nos dan únicamente una respuesta parcial a nuestros interrogantes, por lo que no podemos hacer otra cosa que ver si las ideas fragmentarias que obtenemos del estudio

(2) La base más importante para la cronología, son las monedas con leyendas ibéricas. Sobre la fecha (siglo III a. de C.) de las acuñaciones más antiguas, véase J. V. AMOROS BARRA: "Algunas consideraciones complementarias de la numismática emporitana", en *Anales de la Universidad de Barcelona*, 1941-1942, Barcelona, 1942, pág. 107 y ss. y

A. M. de GUADAN: "Las leyendas ibéricas en los dracmas de imitación emporitana", Madrid, 1956, págs. 61-67. Indudablemente anteriores son sólo los plomos escritos en alfabeto griego de "La Serreta" de Alcoy y de "El Cigarralejo" de Mula. No estoy de acuerdo con Tovar respecto a la fecha muy remota que atribuye a los monumentos meridionales (plomo de Gador e inscripciones "tartésicas" de Alcalá del Río y de Algarve). A mi modo de ver carecemos de todo indicio sobre la cronología de los textos de Algarve; respecto al plomo de Gador, muestra un tipo de escritura muy evolucionado y que es análogo al de las monedas de Obulco, por lo que, no pudiendo ser éstas muy anteriores a la romanización, el plomo debe atribuirse aproximadamente a la misma época.

aislado de las fuentes, nos permiten unirlas dentro de una idea general sobre los acontecimientos de la historia de las lenguas hispánicas antiguas:

• • •

Comenzaremos por los testimonios más directos: las inscripciones en lenguas indígenas. Como ya es sabido, se nos han transmitido en cinco escrituras distintas, dos de las cuales, las inscripciones procedentes de la provincia portuguesa de Algarve (3) y las leyendas monetales llamadas libio-fenicias que pertenecen a ciertas ciudades del norte del Estrecho (4), son aún casi ininteligibles. Quedan los textos en letra latina, griega e ibérica (5) que podemos leer (aunque, en general, no entender) y, por eso, utilizarlos para nuestras deducciones lingüísticas.

El **mapa 1** muestra la distribución de los hallazgos epigráficos en lengua prerromana, a los que se han añadido las ciudades localizadas con suficiente seguridad en las que se han acuñado monedas con letreros ibéricos. Si prescindimos de los textos indecifrables del extremo S. O. y de los hallazgos dispersos de la Lusitania, queda un área destacada por una densidad de hallazgos muy superior a la del resto de la Península.

Esta área forma un triángulo limitado aproximadamente por los Pirineos y las Corbières, por el Mediterráneo desde Enserune a la cuenca del Segura, y por una línea que se extiende desde aquí al alto Ebro. Las ins-

(3) Las conjeturas sobre el carácter de esta escritura propuestas hasta ahora (v. por ejemplo A. TOVAR: "Lenguas prerromanas de la Península Ibérica. A. Lenguas no indoeuropeas. I. Testimonios antiguos", en Enciclopedia Lingüística Hispánica, tomo I, Madrid, 1960, pág. 8), han quedado anticuadas por un reciente trabajo de U. SCHMOLL: "Die südlusitanischen Inschriften", Wiesbaden, 1961, en el que el autor evidencia que no se trata de una escritura alfabética (como opina por ejemplo Tovar), sino del mismo sistema mixto que caracteriza las escrituras ibéricas del Este de la Península. Hay que añadir a las inscripciones de Algarve la gran inscripción de Alcalá del Río (E. HUBNER: "Monumenta Linguae Ibericae", Berlin, 1893, págs. 188-190, núm. LXI) y una en piedra procedente de Puente Genil (M. RODRIGUEZ DE BERLANGA: en Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 3.ª época, vol. I, Madrid, 1897, pág. 481).

Casi al mismo tiempo del libro de SCHMOLL mencionado, ha aparecido un trabajo de M. GOMEZ MORENO: "La escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)", Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, LXIX, 2, 1961, pág. 879 y ss. que llega a resultados muy parecidos a los de Schmoll sobre el carácter de la escritura del Algarve.

(4) Ensayos de desciframiento en E. ZYHLARZ: "Die unbekannte Schrift der antiken Südespanien", en Zeitschrift der deutschen morgenländischen Gesellschaft, nueva serie, tomo XII, 1/2, Leipzig, 1933, págs. 50-67, y A. BELTRAN MARTINEZ: "El alfabeto monetar llamado libio-fénice", en Numisma, año IV, núm. 13, Madrid, 1954, páginas 49-63.

(5) Como "ibérico" designo todas las variantes de escritura de tipo silábico-alfabético que aparecen entre **Obulco** y **Castulo** en un extremo y Enserune en el otro. Sabemos que estas escrituras se dividen en dos grupos: uno muy uniforme y bien testimoniado al Este y Norte y otro, más disperso y variado, que se extiende desde la región de Albacete hacia el Sur. Este último grupo se conoce bajo la desconcertante etiqueta de "tartésico"; peor es aún la denominación de "turdetano" que empleamos en la versión alemana de este artículo, por lo que hoy prefiero denominarlo, siguiendo a Tovar, "ibérico meridional" o simplemente "meridional".

cripciones que llenan este triángulo son casi en su totalidad en letras ibéricas; hay unas pocas en letras griegas en el Sudeste, y otras, que solamente se encuentran en la Meseta, en letras latinas. Ya hemos dicho que desconocemos casi por completo el sentido de estos textos, pero el hecho de que podamos determinar aproximadamente el valor fonético de los signos ibéricos, nos capacita para hacer constar determinados rasgos, muy importantes, de la estructura de las lenguas conservadas en nuestras inscripciones. Hoy sabemos que los textos nos han transmitido dos lenguas totalmente distintas (6): una lengua no indoeuropea, convencionalmente llamada «ibérica», en toda la zona costera (7) y otra indoeuropea en las cuencas del río Jalón y del alto Duero, que suele ser llamada «celtibérica», por coincidir su territorio con el que los autores antiguos atribuyen a las tribus celtiberas (8); además hay unos pocos elementos que parecen acercar

(6) La publicación fundamental que abrió el camino a un mejor entendimiento de la formación lingüística de la Hispania antigua, rompiendo el dogma humboldtiano de la unidad lingüística peninsular, fue el artículo de M. GOMEZ MORENO: "Sobre los iberos: El bronce de Ascoli", en Homenaje a Menéndez Pidal, tomo III, Madrid, 1925, páginas 475 y ss. (= en Misceláneas, Historia-Arte-Arqueología, Primera serie: La Antigüedad, Madrid, 1949, págs. 233-256).

(7) Importantes trabajos sobre la estructura de las lenguas ibéricas, son: M. GOMEZ MORENO, *op. cit.* en la nota anterior, págs. 242-256, y "La escritura ibérica y su lenguaje", en Misceláneas, Primera parte, "La Antigüedad", págs. 278-281.

G. BAHR: "Baskisch und Iberisch", separata del vol. II de la revista Eusko-Jakintzo, Bayona, 1948.

P. BELTRAN VILLAGRASA: "Los textos ibéricos de Liria. Intento de interpretación de algunos de ellos", en Revista Valenciana de Filología, III, Valencia, 1953, págs. 37-186.

J. CARO BAROJA: "La escritura en la España prerromana (Epigrafía y Numismática)", en Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, tomo I, España prerromana, vol. III, Etnología de los pueblos de Hispania, Madrid, 1954, págs. 789-812.

U. SCHMOLL: "Turma Salluitana. Einige Bemerkungen zur lat. Umschreibung hispanischer Eigennamen", Glotta, 35, Göttingen, 1956, págs. 304-311, y "Die Wortstämme iltir und iltu in der hispanischen Namengebung", Die Sprache, 6, Viena, 1960, págs. 46-55.

A. TOVAR, *op. cit.* nota 3, págs. 5-26.

(8) Las síntesis más recientes:

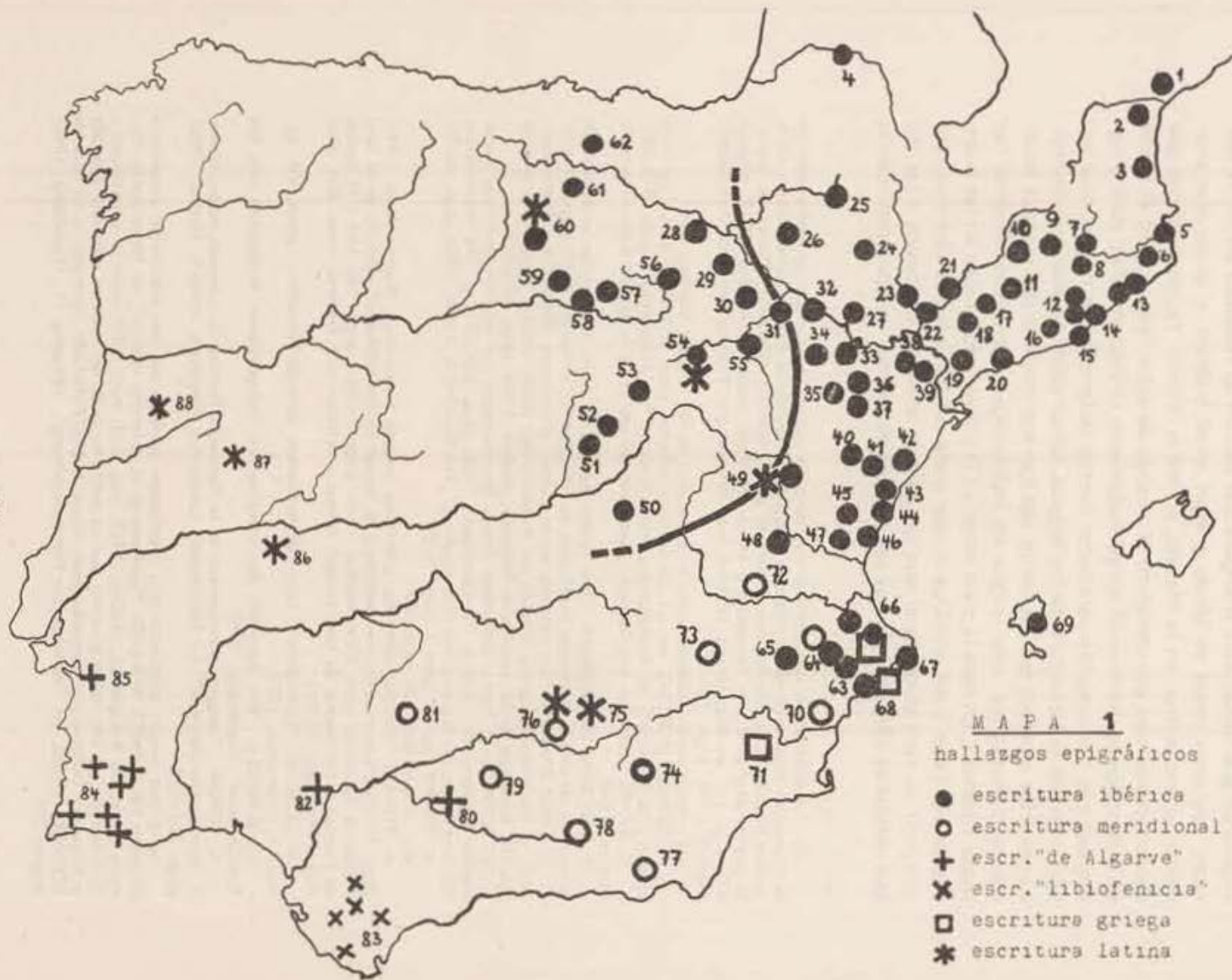
A. TOVAR: "Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas", Buenos Aires, 1949, págs. 21-60 ("Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtiberos", Boletín de la Real Academia Española, tomo XXV, Madrid, 1946, págs. 7-38) y págs. 168-183 ("El bronce de Luzaga y las téseras de hospitalidad latinas y celtibéricas", Emérita, tomo XVI, Madrid, 1948, págs. 75-91).

M. LEJEUNE: "Celtibérica", Acta Salmanticensia, Serie de Filosofía y Letras, VII, número 4, Salamanca, 1955.

U. SCHMOLL: "Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische", Wiesbaden, 1959.

A. TOVAR: "Lenguas prerromanas de la Península Ibérica. B. Lenguas indoeuropeas. 1. Testimonios antiguos", en Enciclopedia Lingüística Hispánica, tomo I, Madrid, 1960, págs. 101-126.

La misma lengua celtibérica está atestiguada también por una inscripción procedente de Ibiza (M. GOMEZ MORENO: "Suplemento de epigrafía ibérica", en Misceláneas, Primera parte: La Antigüedad, Madrid, 1949, pág. 330, núm. 120), pero la onomástica y la ortografía de este texto prueban que su autor no pudo ser sino un celtibero desviado a Ibiza por razones que desconocemos; véase J. UNTERMANN, recensión a la obra de SCHMOLL citada, en "Beiträge zur Namenforschung", Jahrgang 11, Heidelberg, 1960, página 207.



M A P A 1

hallazgos epigráficos

- escritura ibérica
- escritura meridional
- + escr. "de Algarve"
- ✕ escr. "libiofenicia"
- escritura griega
- * escritura latina

MAPA I: Procedencia de los hallazgos epigráficos

Véase también el mapa, algo distinto, de A. Tovar, ELH. I 6.

Por "(monedas)" indicamos los lugares, de los cuales sólo sabemos por monedas que utilizaban escrituras prerromanas. Además, como los lectores españoles están familiarizados con el material epigráfico prerromano, prescindo de repetir las referencias más detalladas de la versión alemana; me he limitado a darlas sólo cuando se trata de hallazgos o publicaciones recientes.

1. Ensérune.
2. Montlaurès.
3. Elne.
4. St.-Séver.
5. Ampurias.
6. Ullastret (AIEGerund.10,1955,62 sg.).
7. Manlleu.
8. Vich (monedas *auseken*).
9. Sorba.
10. Guisona (monedas *ieso*).
11. Tornabous.
12. Rubi (Almagro, Inscripciones Ampuritanas, p. 80).
Santa Coloma de Gramanet.
13. Mataró.
Arénys del Mar (Museo Municipal).
14. Badalona.
15. Barcelona.
16. Santa Perpetua de la Moguda.
17. Sidamunt.
18. Cogul.
19. Tivisa.
20. Tarragona.
21. Lérida (monedas *iltirta*).
22. Sosés (Hübner I, Ilerda 18, 1954, 211).
23. Fraga.
24. Huesca (monedas *polskan*).
25. Jaca (monedas *taha*).
26. Egea de los Caballeros (monedas *segia*).
27. Velilla del Ebro (monedas *kelse*).
28. Calahorra (monedas *halakorikos*).
29. Torrellas.
30. Tierga (monedas *terkahom*).
31. Nertóbriga (monedas *ner톱is*).
32. Zaragoza (monedas *saluie*).
33. Azaila.
34. Lécera.
35. Albalate del Arzobispo.
36. Oliete.
37. Alloza (Teruel 17/18, 1957, 225 sg.).
38. Calaceite.
39. Cretas.
40. Iglesuela del Cid.
41. Benasal.
42. Alcalá de Chisvert.
43. Cabanes.
44. Castellón de la Plana.
45. Castelnuovo (Fletcher, Inscripciones Ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia, p. 51).
46. Sagunto.
47. Liria.
48. Sinarcas.
49. Villastar (véase arriba núm. 13).
50. Saelices.
51. Alcalá de Henares (monedas *kompouto*).
52. Cerca de Guadalajara (Hübner XXXVII).
53. Luzaga.
54. Monreal de Ariza (Gómez-Moreno, Misc. 82, 8, escr. lat.: Tovar, Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas, p. 172 sg. y 174 sg.).
55. Bilibis (monedas *pilpilis*).
56. Numancia.
57. Burgo de Osma (monedas *arkailikos*).
58. Langa de Duero.
59. Peñalba del Castro.
60. Sasamón (Gómez-Moreno, Misc. 97, escr. lat.: Tovar, l. c. p. 174).
61. Briviesca (monedas *uirouias*).
62. Osma (¿monedas *uarcas*=Uxama Barca?).
63. Sierra de Mariola (Museo de Alcoy).
64. La Bastida/Mogente (escr. ibérica y meridional: Fletcher, l. c. p. 45-48).
65. Cerro de los Santos.
66. Játiva (monedas *saiti*).
Albaida (Fletcher, l. c. p. 49 sg.).
La Serreta/Alcoy (griego e ibérico: NAHis. 2, 1953, 104).
67. Benidorm (Museo de Alicante).
68. Campello (AEArqu. 23, 1950, 13 sg.).
Alicante (Museo de Alicante).
69. Ibiza.
70. Elche (Museo de "La Alcudia").
71. Cigarralejo/Mula (CHP, 5, 1950, 5-42).
72. Abengibre.
73. El Salobral.
74. La Sagra.
75. Perotitos/Santisteban del Puerto (RABM. 61, 1955, 579 sg.).
76. Castulo.
77. Sierra de Gador.
78. Granada (¿monedas *ilturir?*).
79. Porcuna (monedas *ipolha*).
80. Puente Genil (véase nota 3).
81. La Granjuela (RABM. 61, 1955, 580 sg.).
82. Alcalá del Río.
83. Monedas con leyendas "libiofenicias" (Vives y Escudero, La moneda hispánica, III 41-52).
84. Lápidas de Algarve (por todas referencias véase Schmoll, Die Südlusitanischen Inschriften, Wiesbaden 1961).
85. Alcácer-do-Sal (monedas de Salacia).
86. Arroyo del Puerco.
87. Cabeço das Fraguas/Guarda (Humanitas NS. 8, 1959, 71 sg.).

el idioma «celtibérico» al grupo de lenguas célticas dentro de la familia de lenguas indoeuropeas (9).

La densidad de lugares en los que se han encontrado estos testimonios epigráficos nos permite trazar una frontera lingüística bastante clara, como hemos hecho en nuestra **mapa 1**: discurre desde el rincón nordoriental de la Península hasta la Mancha, pasando aproximadamente por las actuales ciudades de Zaragoza y Teruel. Más allá del punto en donde termina nuestra línea, los dispersos textos del Sur y del Oeste no nos dan indicios suficientes para continuarla: las inscripciones lusitanas de Arroyo del Puerco, de Cabeço das Fráguas y de Lamas de Moledo contienen un idioma indoeuropeo sin duda pariente del de los textos celtibéricos (10). Por otra parte, las inscripciones escritas con signos ibéricos meridionales de la Andalucía oriental, muestran el mismo carácter lingüístico que las ibéricas del Este (11). También hay que añadir, como un testimonio más de esta lengua ibérica, los textos en escritura griega y los de **Cástulo**, en letras latinas. En cambio, una copa de plata encontrada en Perotitos, a pocos kilómetros al Este de **Cástulo**, lleva un grafito cuya lengua parece ser indoeuropea (12), pero, como se trata de un objeto de fácil transporte, no cabe deducir conclusiones del lugar del hallazgo.

Un problema particular nos lo plantea un grupo de textos situados en la misma frontera entre las dos áreas mencionadas: nos referimos a las inscripciones rupestres de la Cantera de Villastar (Teruel), señaladas en el **mapa 1** con el número 49. Se trata de unas veinte inscripciones independientes, incisas en la roca viva. Dos de ellas muestran escritura y lengua ibéricas y las demás, escritas en letras latinas, nos dejan ver una transición de frases puramente celtibéricas a otras mezcladas con elemen-

(9) No puedo mostrarme conforme con la convicción corriente de que la lengua celtibérica sea un verdadero dialecto céltico. Hasta la fecha todos los ensayos de traducción de los textos más extensos (por ejemplo, el bronce de Luzaga o la inscripción larga de Villastar) por medio de la comparación con lenguas célticas conocidas, no son más que ingeniosas interpretaciones que no resisten una crítica severa. Me parece mejor adoptar una actitud escéptica que no obstruir el proceso de investigación con hipótesis prematuras.

(10) En la bibliografía de los últimos años, estos textos se consideran como testimonios de una lengua indoeuropea independiente de la celtibérica; en un trabajo que va a aparecer en las actas de la "2. Fachtagung für allgemeine und indogermanische Sprachwissenschaft", Innsbruck, 1961, aportó una serie de argumentos que me inducen a formar mi opinión contraria.

(11) Véase el muy instructivo mapa que publica J. CARO BAROJA, loc. cit. en nota 7, pág. 744, fig. 51, que reproduce, con algunas modificaciones, A. TOVAR, op. cit. nota 3, mapa 2, entre las págs. 6 y 7.

(12) A. TOVAR: "Notas epigráficas sobre objetos del Museo Arqueológico Nacional", en Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo LXI, Madrid, 1955, págs. 579 y ss.

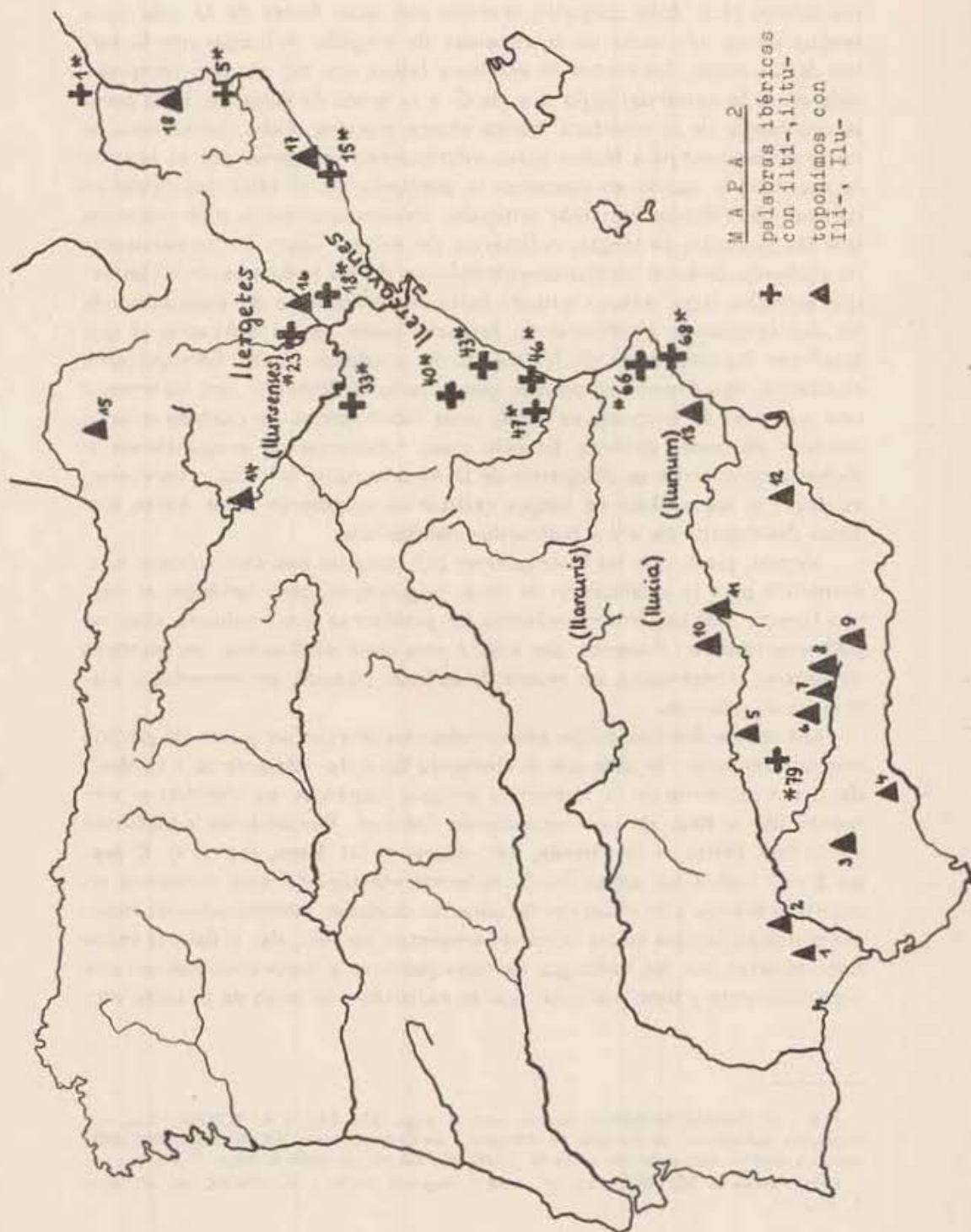
tos latinos (13). Este conjunto termina con unas frases de la más pura lengua latina: Un verso de la «Eneida» de Virgilio. A juzgar por la forma de las letras, los textos en escritura latina son del período comprendido entre la mitad del siglo II a. de C. y la época de Augusto. Pero como la cronología de la escritura ibérica ofrece grandes dudas, carecemos de criterios seguros para fechar estas inscripciones indígenas por el tipo de la escritura y queda en suspenso la pregunta de si tales inscripciones ibéricas de Villastar son más antiguas, contemporáneas o más recientes que las grabadas en lengua celtibérica del mismo lugar. En consecuencia no podemos deducir conclusiones históricas de los hallazgos de Villastar: quizás dicho lugar estuvo situado cerca de la frontera de separación de las dos lenguas y, posiblemente, formaría parte de un santuario al que acudirían los habitantes de las tierras de alrededor, tanto ibéricos como celtiberos. Igualmente es posible que la peña de Villastar nos testimonie una sucesión de lenguas, es decir, unos movimientos de pueblos o unos cambios de poder político. En este caso, habríamos de preguntarnos si dichos movimientos se dirigieron de la meseta hacia la costa o viceversa, es decir, si los pueblos de lengua celtibérica sucedieron a los iberos o si éstos desalojaron de allí a habitantes celtibéricos.

Vemos, pues, que las inscripciones prerromanas nos dan valiosos fundamentos para la localización de áreas lingüísticas, pero también, al mismo tiempo, nos ponen en evidencia los problemas que mediante ellas no podemos resolver. Pasamos, por ello, a otra clase de fuentes: los nombres de lugares, conservados en textos de autores clásicos, en monedas e inscripciones romanas.

Los textos ibéricos arriba examinados nos ofrecen un punto de partida muy conveniente: Se sabe que el elemento *ili-* o *ilu-* (delante de *r* también *ile-*), tan corriente en la toponimia antigua hispánica, es idéntico al elemento *ilti-* o *iltu-* de las inscripciones ibéricas: Recuérdense ecuaciones como ibér. *iltirta* = lat. *Ilerda*, ibér. *ilturo* = lat. *Iluro*, etc. (14). El **mapa 2** nos indica los sitios donde tenemos atestiguado este elemento en escritura ibérica y la situación de aquellas ciudades mencionadas en fuentes griegas o latinas cuyos nombres empiezan por *ili-*, *ile-* o *ilu-*. El mapa hace resaltar que los hallazgos de tales palabras y topónimos cubren una área coherente y bien marcada, que se extiende a lo largo de la costa me-

(13) M. GÓMEZ MORENO, op. cit. nota 8, págs. 326-330, y A. TOVAR: "Las inscripciones celtibéricas de Peñalba de Villastar", en *Emerita*, tomo XXVII, págs. 349-365; para un análisis más detenido véase M. LEJEUNE, op. cit. en nota 8, págs. 7-37.

(14) Véase U. SCHMOLL, op. cit. nota 7, segundo título, y A. TOVAR, op. cit. nota 3, pág. 11.



MAPA 2: *ilti, iltu-* e *Ili-, Ilu-*

Los números con * corresponden a la leyenda del mapa 1.

- 1* Jannoray, Ensérune, Lám. LXIV 9 y 28: *-iltir, iltipatu-*.
 5.* Vives, Lám. XVI, 1: *iltiraker*.
 15* Hübner IV: *iltira-*.
 18* Gómez-Moreno 22: *iltirten*.
 23* Ibid. 23: *alor-iltui*.
 33* Ibid. 31: *ilturatin*.
 40* Ibid. 40: *iltupeles*.
 43* Ibid. 42: *iltirpikisen*.
 46* Ibid. 45: *nere-iltu-*.
 47* Fletcher, números 37, 57, 62, 67: *iltir, iltirtu, iltipaite*.

- 66* NAHis. 2, 1953, 104: *iltir-, iltunpar*.
 68* AEARqu. 23, 1950, 13 sg. (fig. 5): *iltirti-ge* (escr. griega).
 79* Vives, Lám. XCVI, 2: *ilteraten*.

Los números sin * señalan la situación de las ciudades siguientes:

1. Ilipula (Niebla).
2. Ilipa (Alcalá del Río).
3. Ilipula minor (cerca de Osuna).
4. Iluro (Alora).
5. Iliturgi (cerca de Andújar).
6. Iliturgicola (cerca de Priego).
7. Ilurco (Pinos Puente).
8. Iliberris (Granada).
9. Ilipula mons (¿en la Sierra Nevada?).
10. Ilugo (Santisteban del Puerto).
11. Ilorci (véase Plin. n. h. 3, 9).
12. Ilorci (Lorca ¿o Lorquí/Murcia?).
13. Ilici (Elche).
14. Ilorcis (cerca de Tudela).
15. Iluro (Oloron/Basses-Pyrénées).
16. Ilorda (Lérida).
17. Iluro (Mataró).
18. Iliberris (Elne).

Los nombres que figuran en el mapa entre paréntesis no están localizados con precisión suficiente.

diterránea entre los Pirineos y Andalucía. Preguntándonos ahora, si hay fenómenos de toponimia que caractericen de manera comparable la parte de la Península, que resta en blanco en el **mapa 2**, nos encontramos, como tipo más corriente, con los topónimos compuestos con **-briga**, como **Mirobriga**, **Segobriga**, **Nertobriga**. Esta palabra **-briga** es indudablemente de origen indoeuropeo y aparece también en la toponimia gala. Por su parentesco con el alemán **Berg**, **Burg**, nos es lícito traducirla por «cerro» o «acrópolis» (15). Acusa, pues, el mismo carácter «celtoide» que hemos encontrado en los textos celtibéricos, confirmado por los primeros miembros del compuesto con el que **-briga** va reunido: **Nerto-**, **Sego-**, **Tongo-**, que pueden explicarse como palabras galas o, cuando menos, procedentes de un idioma muy semejante al galo. Formaciones mixtas, como **Iuliobriga**, **Augustobriga** y **Flaviobriga**, nos prueban que la toponimia caracterizada por el elemento **-briga**, permaneció viva hasta el primer siglo de nuestra Era.

El **mapa 3** nos muestra la situación de aquellos nombres en **-briga** que pueden ser localizados con suficiente seguridad (16). En el **mapa 4**, hemos reunido los dos anteriores: Salta a la vista que las dos áreas, la de **ilti-/iltu-**, etc. y la de **-briga** dividen la Península en dos partes por una frontera bastante clara que corre desde la desembocadura del Guadiana, hasta algún punto de la costa cantábrica, entre Bilbao y los Pirineos. La ciudad de Segorbe, cuyo nombre parece remontar a un **Segobriga** antiguo, marca el punto más oriental de esta frontera y, a la vez, donde el área de **-briga** llega más cerca del Mediterráneo. Ahora ya podemos comparar esta línea con la de la frontera lingüística del **mapa 1** (reproducida en el **mapa 4** por una línea interrumpida): el trazado es muy parecido, aunque no igual, pues en la misma región de las inscripciones de Villastar los topónimos indoeuropeos avanzan más hacia la costa que los testimonios epigráficos en lengua celtibérica. Volveremos sobre este punto más adelante.

Según los argumentos recogidos hasta aquí, no cabe duda de que la región costera del Este y Sur fue, durante los últimos siglos anteriores a nuestra Era, del dominio de una sola lengua o, por lo menos, ocupada por un complejo de dialectos estrechamente emparentados entre sí (17). En

(15) Véase U. SCHMOLL, op. cit. nota 8, págs. 32, 74 y ss. y 83, y A. TOVAR: "The ancient languages of Spain and Portugal", New York, 1961, págs. 118 y ss.

(16) Mi mapa reproduce, con pocas añadiduras, el presentado e interpretado por H. RIX: "Zur Verbreitung und Chronologie einiger keltischer Ortsnamentypen", en Festschrift für Peter Goessler (Tübinger Beiträge zur Vor- und Frühgeschichte), Stuttgart, 1954, págs. 102-107.

(17) A. TOVAR, op. cit. nota 3, págs. 10-15; véase también los mapas citados en la nota II.

cuanto al resto de la Península, carecemos de indicios de igual valor que nos permitan afirmar o negar la existencia de una unidad lingüística. Como las inscripciones prerromanas, demasiado dispersas fuera del rincón celtibérico, no nos prueban nada, el elemento **-briga** queda aislado, y, como elemento puramente toponomástico, puede deber su larga extensión tanto a motivos políticos como a causas lingüísticas en sentido estricto. Hemos de recurrir, por eso, a los únicos testimonios de que disponemos en abundancia en el Norte y en el Oeste: los nombres de personas que aparecen en cantidad y variedad excepcionales en las inscripciones latinas de dichas regiones.

Los mapas 5, 6 y 7 señalan la distribución de algunos antropónimos, a los que podríamos añadir muchos más igualmente típicos (18). Espero que sean suficientes para probar la existencia de una considerable uniformidad, que abarca el territorio celtibérico, la Lusitania y todo el Norte peninsular, o sea, un territorio que coincide casi perfectamente con el área de los topónimos en **-briga**. Además, muchos de los antropónimos utilizados pueden fácilmente atribuirse a una lengua indoeuropea, encontrándose a veces correspondencias, más o menos estrechas, con el mundo céltico antiguo fuera de España (19). Acusan, pues, el mismo aspecto «celtoide» que ya hemos hecho notar en los textos epigráficos y en la toponimia de la parte no-ibérica de la Península. Así, los nombres de personas nos proporcionan el argumento adicional que hemos deseado al lado de los topónimos en **-briga**: en efecto, los antropónimos confirman la uniformidad indicada por los topónimos, modificándola solamente en algunos rasgos que nos hacen suponer una subdivisión dialectal (20).

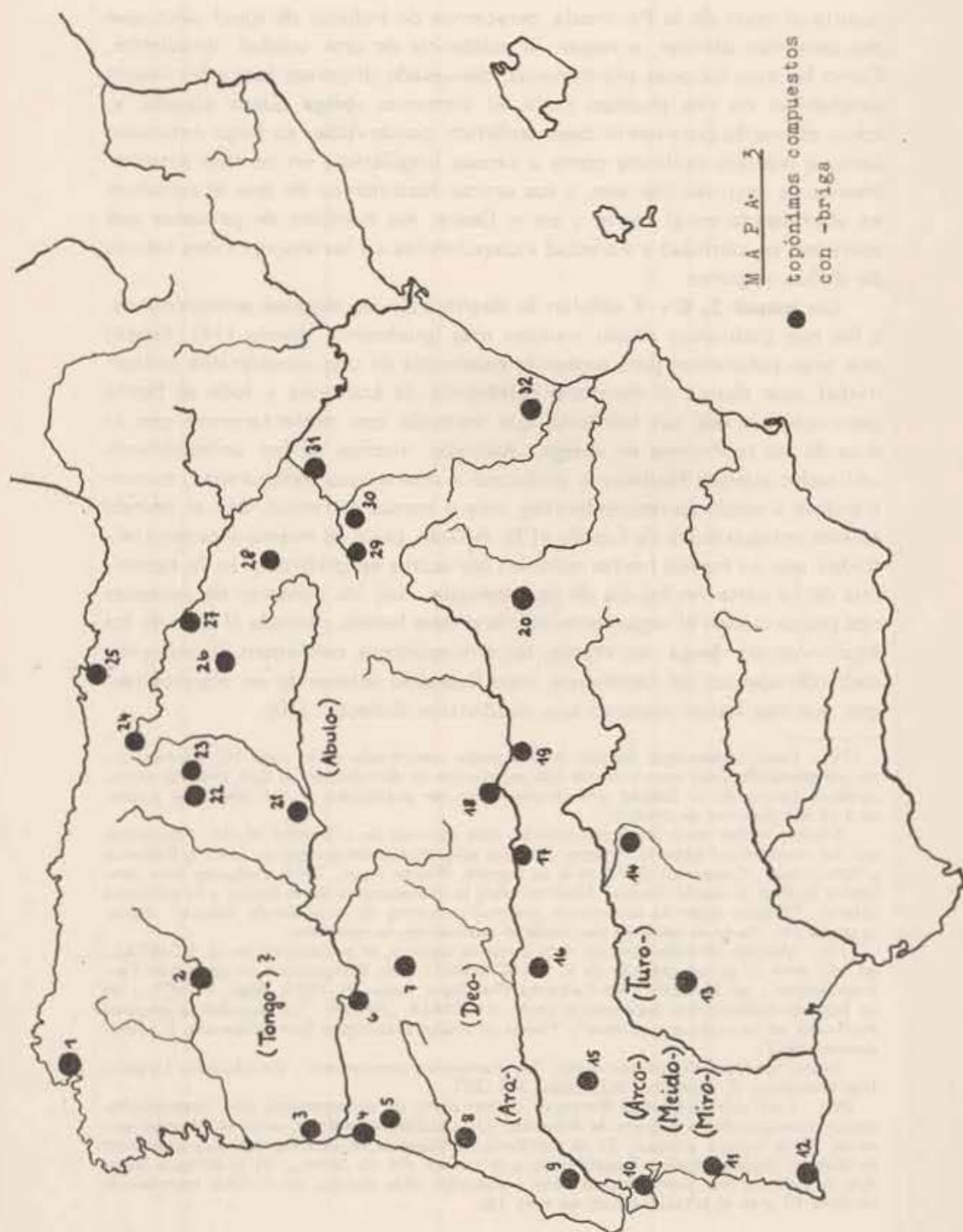
(18) Pueden verse más detalles en el trabajo mencionado en la nota 10; además, estoy componiendo unos mapas en los que se muestre la distribución de una serie de antropónimos típicos de la España prerromana, para ser publicados en un libro que aparecerá el año próximo en Madrid.

Algunos mapas muy útiles presenta la tesis doctoral de J. RUBIO ALIJA: "Españoles por los caminos del Imperio romano. Estudios epigráfico-onomásticos en torno a Reburinus y Reburinus", Cuadernos de Historia de España, Buenos Aires, 1959 y algunos más contendrá el libro de María Lourdes Albertos sobre la antroponomía de la Bética y la provincia Citerior, "Estudio sobre la onomástica personal primitiva de la península ibérica". Agradezco al Pfr. Tovar el haberme facilitado el manuscrito de este libro.

(19) Muchas correspondencias, más o menos seguras, se encuentran en U. SCHMOLL, op. cit. nota 8, en un artículo de K. H. SCHMIDT: "Die Komposition in gallischen Personennamen", en Zeitschrift für Celtische Philologie, tomo 26, 1957, págs. 33-301, y en un libro de fundamental importancia de M. PALOMAR LAPESA: "La onomástica personal pre-latina en la antigua Lusitania", Theses et Studia Philologica Salmanticensia, X, Salamanca, 1957.

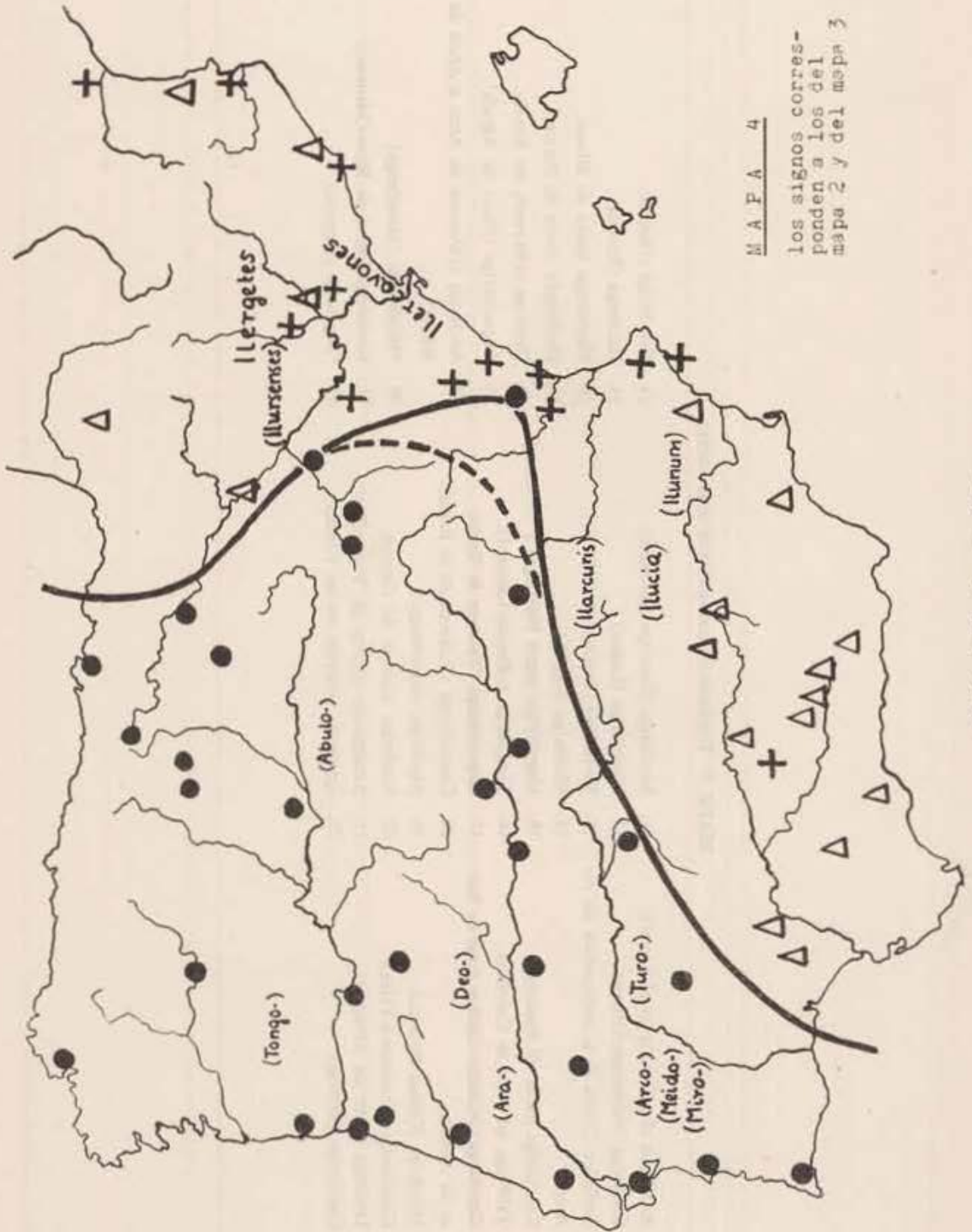
Véase, también, del mismo autor: "Antroponomía prerromana", Enciclopedia Lingüística Hispánica, 5, Madrid, 1960, págs. 347-387.

(20) Creo que se pueden distinguir cuatro áreas de antroponomía que, aproximadamente, corresponderán a áreas de dialectos: 1) la Lusitania antigua, salvo el extremo suroeste, 2) la Galicia antigua, 3) la Celtiberia, incluyendo en ella las actuales provincias de Burgos, Segovia, Soria y Guadaluajara, y la cuenca del río Jalón, y 4) la antigua Asturica, o sean las hoy provincias de León y Asturias. Más detalles en el libro mencionado en nota 18 y en el artículo citado en nota 10.



MAPA 3: Topónimos compuestos con -briga

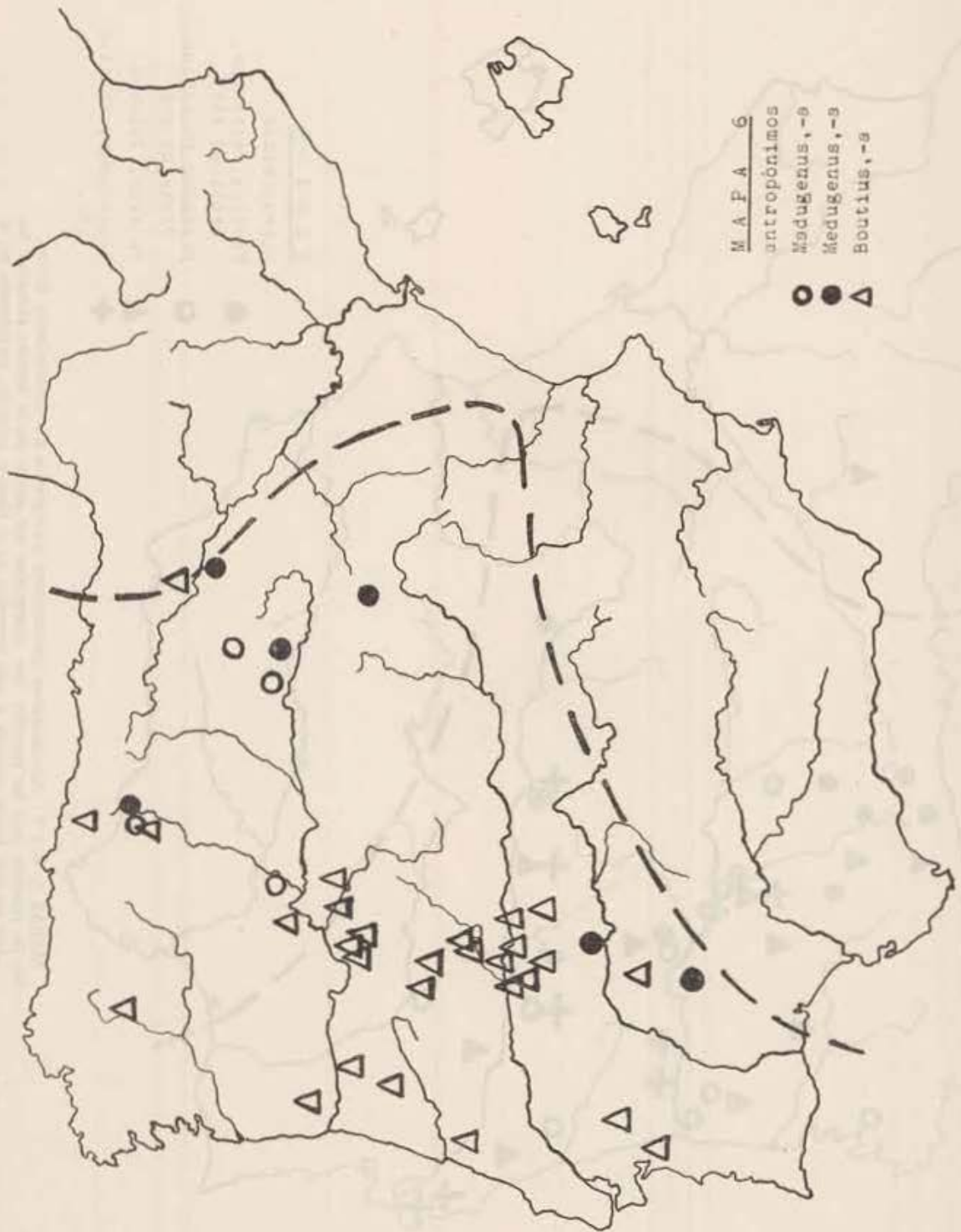
1. Ardóbriga (La Coruña ¿o el Ferrol?).
2. Calúbriga (Valdeorres/Orense).
3. Avóbriga (¿cerca de la embocadura del río Ave?).
4. Langóbriga (cerca de Espinho).
5. Talábriga (al norte de Coimbra).
6. Caelóbriga (¿Castelo-Calabre cerca de Barca de Alva?).
7. Miróbriga (Ciudad Rodrigo).
8. Conímbriga (Condeixa-a-Velha).
9. Ierábriga (cerca de Alenquer).
10. Caetóbriga (Setúbal).
11. Meróbriga (Santiago-do-Caçem).
12. Maccóbriga (Lagos).
13. Nertóbriga (Frejenal de la Sierra).
14. Miróbriga (Capilla).
15. Montóbriga (entre Portalegre y Estremoz).
16. Tongóbriga (¿Brozas/Cáceres?).
17. Augustóbriga (Talavera la Vieja).
18. Caesaróbriga (Talavera de la Reina).
19. Alpóbriga (Alpuébriga).
20. Segóbriga (Cabeza del Griego).
21. Amallóbriga (¿cerca de Tordesillas?).
22. Lacóbriga (Carrión de los Condes).
23. Dessóbriga (Osorno).
24. Iulióbriga (Reinosa).
25. Flavióbriga (cerca de Bilbao).
26. Deobrigula (cerca de Burgos).
27. Deóbriga (¿Miranda del Ebro?).
28. Augustóbriga (Muro de Agreda).
29. Arcóbriga (¿Monreal de Ariza o Arcos de Jalón?).
30. *Munóbriga (Munébrega).
31. Nertóbriga (cerca de Ricla-Calatorao).
32. *Segóbriga (Segorbe).

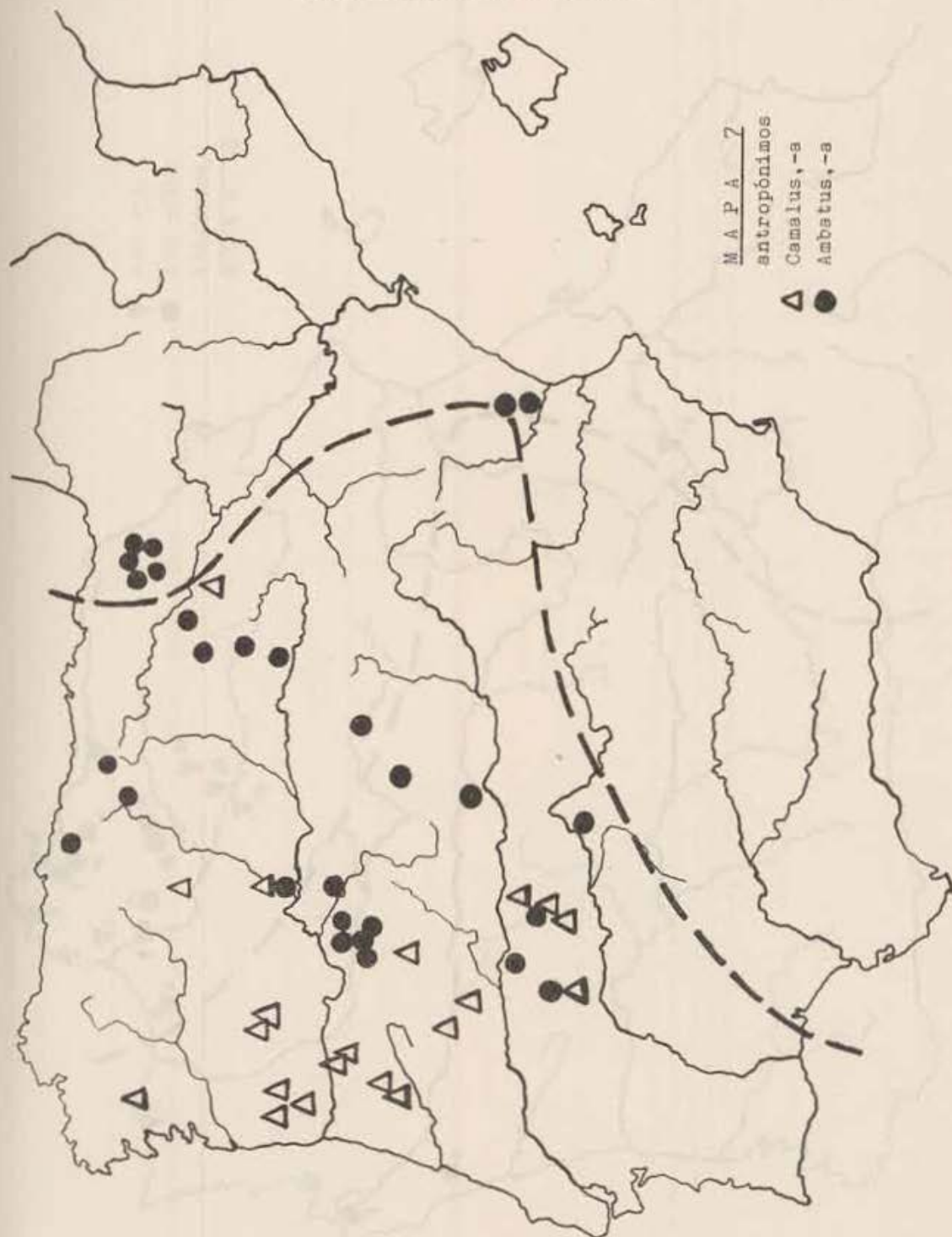


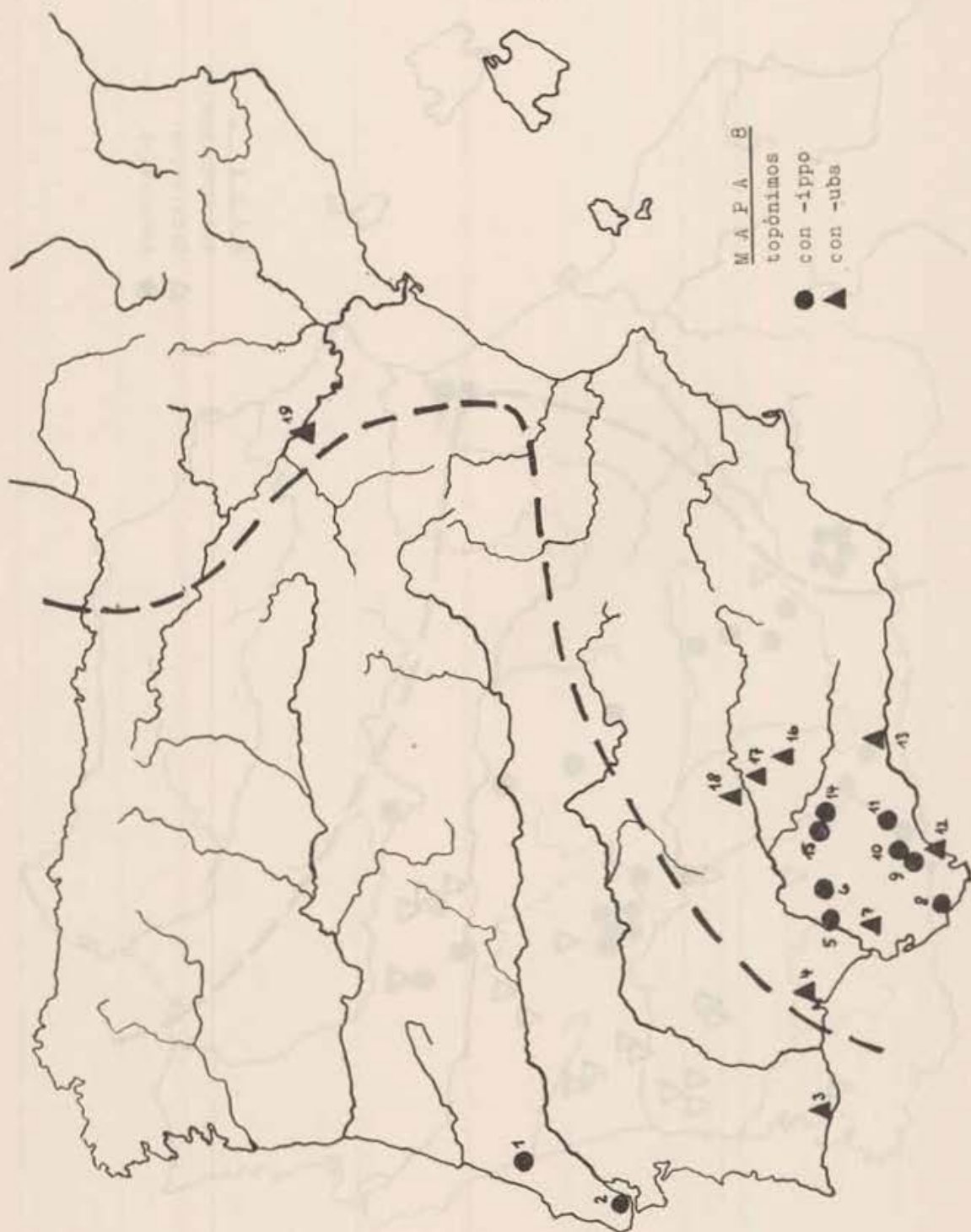
MAPA 4: ilu- y -briga.
Se repiten los signos de los mapas 2 y 3.



MAPAS 5, 6 y 7: Antropónimos prerromanos atestiguados por inscripciones latinas. No he repetido aquí las leyendas que acompañan los mapas en la versión alemana: las daré de una forma revisada y más completa en el libro a aparecer, mencionado en la nota 18. La línea interrumpida que aparece en los mapas 5-10, es la frontera entre *ili-*, *ilu-* y *-briga* del mapa 4.







MAPA 8: Topónimos con **-ippo** y **-uba**.

- | | |
|--|---|
| 1. Colippo (Leiria). | 10. Saepo (Dehesa de la Fantasía, al oeste de Cortes de la Frontera). |
| 2. Olisippo (Lisboa). | 11. Acinipo (Ronda la Vieja). |
| 3. Ossonoba (Faro). | 12. Salduba (al norte de Gibraltar). |
| 4. Onuba (Huelva). | 13. Maenoba (Velez Málaga). |
| 5. Oripo (cerca de Coria/Sevilla). | 14. Ventipo (Vado García, cerca de Casariche). |
| 6. Basilippo (El Arahal, al oeste de Marchena). | 15. Ostippo (Estepa). |
| 7. Conoba (¿cerca de Lebrija?). | 16. Iponuba (¿cerca de Baena?). |
| 8. Baesippo (Barbate, al sur de Vejer de la Frontera). | 17. Onuba (al este de Córdoba). |
| 9. Lacippo (Alechipe). | 18. Corduba (Córdoba). |
| | 19. Salduba (Zaragoza). |

Ahora bien, los romanos cuando llegaron a la Península se encontraron ante estas dos grandes áreas lingüísticas, una no indoeuropea a lo largo de la costa del Mediterráneo y otra indoeuropea en la meseta, en el Oeste y en el Norte. Sin embargo, varios indicios nos hacen sospechar que tal estado de cosas no era muy antiguo. Hemos antes mencionado el problema planteado por las inscripciones de Villastar. También hemos hecho notar la incongruencia de las áreas de lenguas y de topónimos en este mismo punto entre Teruel y Sagunto. Además, vemos en el **mapa 7** que el nombre de persona **Ambatus**, muy corriente en la meseta, aparece también en los alrededores de Sagunto, en ciudades por lo demás puramente ibéricas. Añadamos ahora el nombre del río Palancia (21). Este nombre forma parte de un grupo de hidrónimos y nombres de ciudades caracterizados por el final **-antía**, limitados en la Península, casi exclusivamente, a la cuenca del río Duero (22), donde nuestro Palancia encuentra su análogo en el nombre de la ciudad de **Pallantia**, la Palencia actual. Una última observación: En las acuñaciones de Sagunto aparece, en plena época romana, el nombre **piulakos (Biuacus)**, de evidente procedencia indoeuropea, que queda aislado entre los antropónimos ibéricos atestiguados en Sagunto por monedas y lápidas. Si es lícito poner todos estos fenómenos en correlación, podemos decir que, en el curso del siglo II a. de C., o un poco más tarde, los celtiberos avanzaron desde la meseta hacia el Mediterráneo, desalojando la población ibérica de la zona de Villastar y llamando al río, a lo largo del cual se desplazaban, y a la ciudad que quizá marcó el punto final de su marcha, con nombres indoeuropeos que habían traído del país de donde procedían: **Palantia** y **Segobriga**. Algunos individuos de entre las gentes que realizaron este movimiento, llegarían hasta los mismos centros ibéricos de la zona costera, donde los reconocemos por sus nombres: **Ambatus**, y **Biuacus**.

Para estudiar otra situación semejante, hay que volver otra vez a los topónimos. Es cierto que **ili-**, **ilu-** es el elemento más difundido de la toponimia ibérica, pero junto a él hay otras formas no menos típicas, algunas

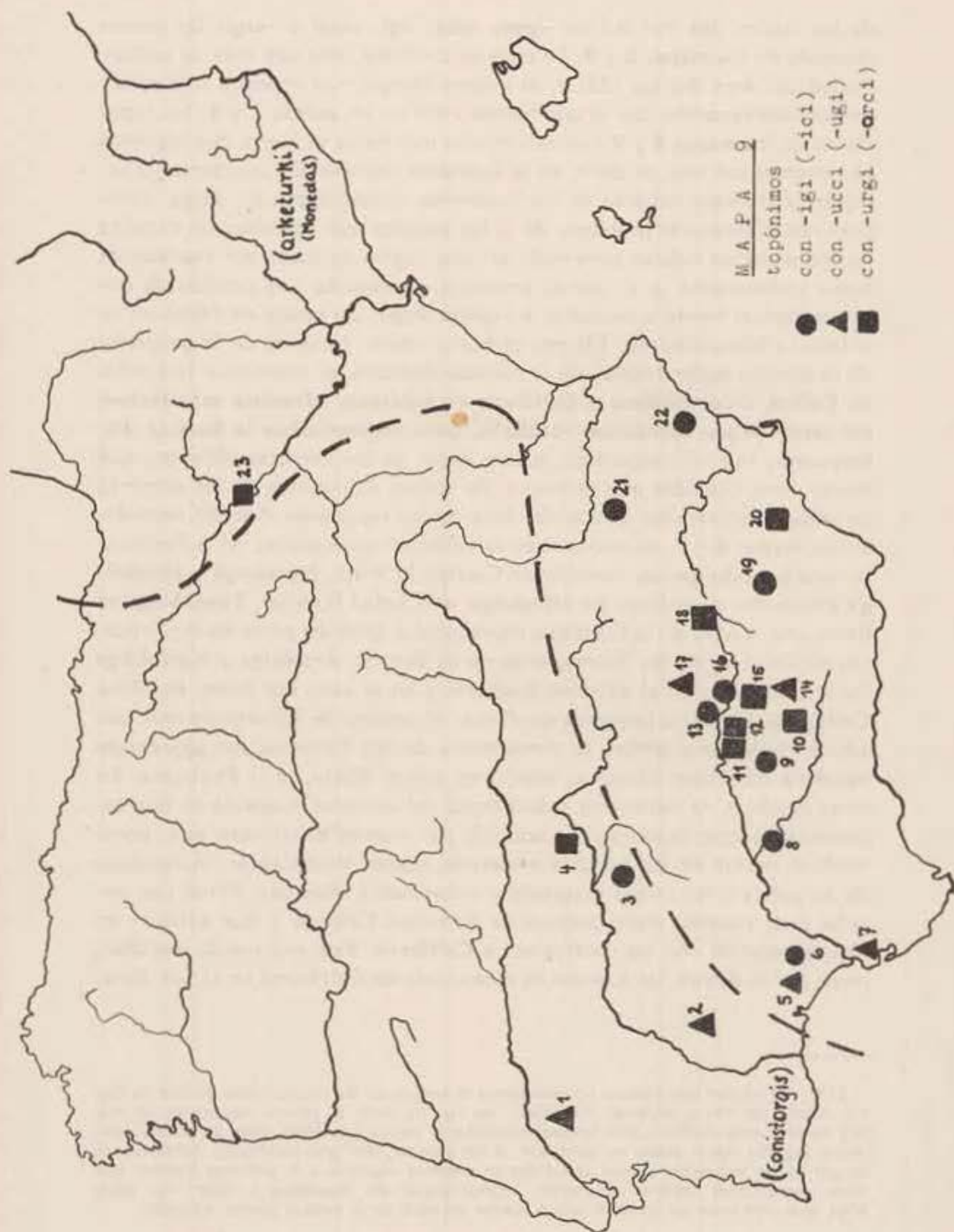
(21) El nombre del río que se llamó durante la Edad Media "río de Segorbe" fue resucitado por erudita reconstrucción en la Edad Moderna; para nuestras deducciones, no importa si el antiguo "Palantia" es el actual Palancia o, como cree Tovar, el Mijares, situado un poco más al Norte. También hay opiniones que creen tratarse del río Turia que desemboca en Valencia.

(22) A. TOVAR: "Las invasiones indoeuropeas, problema stratigráfico", en *Zephyrus*, VIII, Salamanca, 1957, págs. 77-83; y "Topónimos con -nt- en Hispania y el nombre de Salamanca", en *Cinquième Congrès International de Toponymie et d'Anthroponymie*, Salamanca, 12-15 Avril 1955, Actes et Mémoires, Salamanca, 1958, vol. II, págs. 95-116.

Sobre la atribución lingüística de los hidrónimos en **-antia**, véase H. KRAHE: "Sprache und Vorzeit", Heidelberg, 1954, págs. 48-63.

de las cuales (las con sufijos **-ippo**, **-uba**, **-igi**, **-ucci** y **-urgi**) las hemos recogido en los **mapas 8 y 9**. En ellos se confirma, una vez más, la uniformidad del área ibérica (23) y, al mismo tiempo, nos muestra una considerable discrepancia con lo que hemos visto en los **mapas 2 y 4**: los topónimos de los **mapas 8 y 9** avanzan mucho más hacia el Norte que los otros testimonios ibéricos, es decir, en la Lusitania meridional y occidental, atraviesan la frontera del área de los topónimos indoeuropeos en **-briga**. También nos plantean el problema de si los pueblos que hablaban un dialecto no indoeuropeo habían penetrado en una región ocupada por pueblos de habla indoeuropea, o si, por el contrario, representa una pérdida de dominio ibérico frente a invasores europeos. Aquí, un pasaje de Plinio en su «Historia Naturalis» (3, 13) nos ofrece un dato: tratando de la geografía de la Baetica septentrional, de la llamada Baeturia, al mencionar una tribu de **Celtici**, dice: **Celticos a Celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est sacris lingua oppidorum vocabulis, quae cognominibus in Baetica distinguntur**, «son distinguidos», quiere decir, de los nombres idénticos que llevan otras ciudades más al Norte. De hecho, la mayoría de los nombres en **-briga** encontrados dentro del área de los topónimos ibéricos reunidos en los **mapas 8 y 9**, se encuentran también en otras partes de la Península: una **Laccobriga** hay también en Castilla la Vieja, **Merobriga** y **Mirobriga** encuentra su análogo en **Mirobriga** = Ciudad Rodrigo, **Tongobriga** se llama una ciudad de la Lusitania meridional y también otras de los Bracaros en Galicia y de los Turmoges cerca de Burgos; **Arcobriga** y **Neitobriga** los encontramos en el extremo Sudoeste y en el valle del Jalón, en plena Celtiberia. Con esto podemos confirmar el tercero de los argumentos que aduce Plinio para probar la procedencia de los Celticos: los **oppidorum vocabula** muestran estrechas relaciones con el Norte de la Península. En otras palabras, la toponimia indoeuropea del extremo Sudoeste es una toponimia de colonizadores, introducida por nuevos habitantes que, como también ocurre en los tiempos modernos, suelen transplantar los nombres de su patria a los países ocupados y colonizados. Además, Plinio nos enseña que, aquellos colonizadores se llamaban Celticos y que estaban en alguna relación con los Celtiberos: **a Celtiberis**. Esto nos puede extrañar, pues, por lo demás, las fuentes no dicen nada de Celtiberos en el Sur. Pero,

(23) Es verdad que todavía no conocemos la lengua de las inscripciones de Puente Genil, Alcalá del Río y Algarve; SCHMOLL, en op. cit. nota 3, parece convencido de que nos encontramos frente a una lengua enteramente nueva y aislada, pero los pocos complejos legibles hasta ahora no permiten, a mi parecer, dar una conclusión definitiva. A juzgar por la toponimia puesta de relieve en nuestros mapas 8 y 9, podemos suponer que tales inscripciones también resultarán, cuando algún día lleguemos a saber más sobre ellas, que contienen un dialecto más o menos próximo de la lengua ibérica conocida.



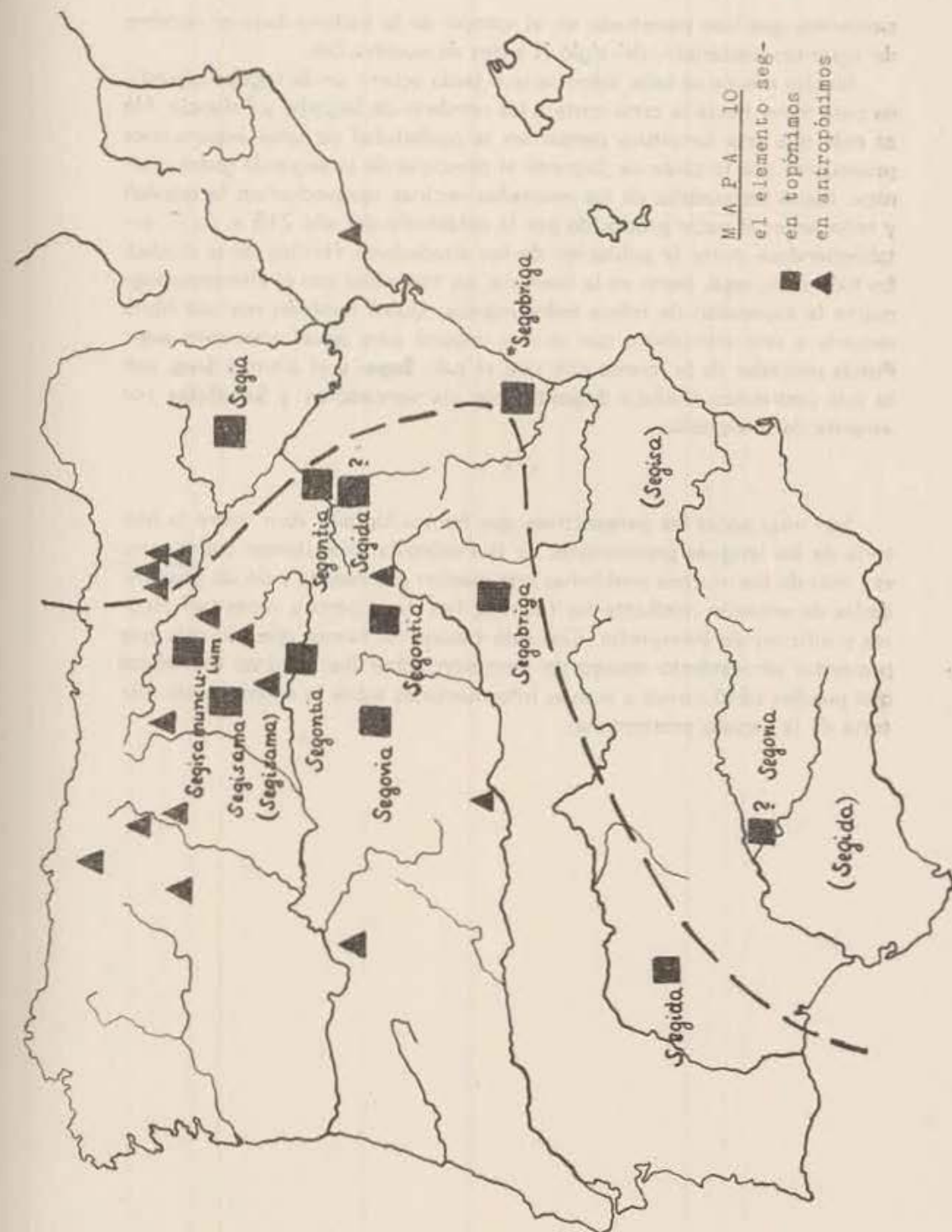
MAPA 9: Topónimos con -igi, -ucci, -urgi.

1. Tabucci (al este de Santarem).
2. Arucci (entre Aroche y Moura).
3. Artigi (hacia Zalamea de la Serena).
4. Lacimurgi (entre Navalvillar del Pelo y Puebla de Alcocer/Badajoz).
5. Itucci (¿Tejada, cerca de Paterna del Campo?).
6. Olontigi (¿Gibraleón/Huelva?).
7. Iptucci (cerca de Jerez de la Frontera).
8. Astigi (Ecija).
9. Sosontigi (hacia Alcaudete, cerca de Martos).
10. Iiturgícola (cerca de Priego).
11. Iiturgi (cerca de Andújar).
12. Isturgi (Los Villares, al este de Andújar).
13. Cantigi (Espeluy).
14. Acatucci (al sureste de Jaén).
15. Aurgi (Jaén).
16. Ossigi (Maquiz, cerca de Mengibar).
17. Baesucci (Vilches).
18. Ilorci (véase Plin. n. h. 3, 9).
19. Tutugi o Tuatuci (Galera, al sur de Huescar).
20. Ilorci (Lorca).
21. Saltigi (Chinchilla de Monte Aragón).
22. Ilici (Elche).
23. Ilorcis (cerca de Tudela).

a este respecto, examinemos el **mapa 10**: indicamos mediante triángulos los lugares donde se han localizado antropónimos con el elemento **seg-**, como **Segovesus**, **Segius**, **Segilus** y, más frecuente, **Segontius**. Los cuadrados representan ciudades cuyos nombres empiezan con el mismo elemento, como **Segontia**, **Segovia**, etc. Los topónimos están más dispersos, aunque aparecen con una densidad particular dentro del área de los nombres de personas, o sea en la Celtiberia. Es verosímil, pues, que la Celtiberia fuese la región en la que se hablaba la lengua que ha ocasionado los nombres con el elemento **seg-**. Fuera de ella, los topónimos con tal elemento se encuentran solamente en aquellos lugares en los que ya hemos creído ver síntomas de invasiones indoeuropeas en territorios ibéricos: encontramos una **Segida** en la Baeturia, **Segida** y **Segovia** en Andalucía meridional (24), y además, **Segobriga** = Segorbe, cerca de Sagunto. Estos tres nombres, **Segobriga**, **Segovia** y **Segida**, vuelven a aparecer en la propia Celtiberia, por lo que aquellos son también topónimos transplantados por colonizadores (25). ¿Podemos aducir estos nombres como indicio de que el país de los celtiberos fue el punto de partida más importante de los movimientos que iban a cambiar el aspecto lingüístico de la Península en los últimos momentos anteriores a la romanización? La frase de Plinio **Celticos a Celtiberis ex Lusitania advenisse**, encontraría entonces una segunda confirmación: bien que **a Celtiberis** deba entenderse en un sentido geográfico «desde el país de los celtiberos», bien que consideremos que Plinio quiso decir que los Celticos eran una tribu de los celtiberos, los topónimos apoyan de forma muy eficaz la noticia de dicho autor clásico de que la expansión de los Celticos tiene algo que ver con los celtiberos. Por eso, quizás nos atrevamos a preguntar si los movimientos mencionados por Plinio, y confirmados por los topónimos, son aquellos mismos aconte-

(24) Por de pronto, hay que prescindir de una ciudad, situada quizá no lejos de Cádiz, llamada **Seguntia** por Ptolomeo y otros y **Seguntia** por Livio. Puede formar parte del estrato lingüístico al que pertenece el nombre de Sagunto, es decir, a un estrato pre-indoeuropeo.

(25) Queda en suspenso la atribución del nombre de **Segisa**, ciudad de los Bastetanos, y de **Segia** de los Vascones (la actual Egea de los Caballeros), ambos sin analogías en la propia Celtiberia. En cuanto a **Segia**, el célebre bronce de Ascoli nos dice que sus habitantes llevaban nombres puramente ibéricos; además, en las monedas, el nombre de **Segia** empieza por una sigma, mientras **sekaisa**, **sekisanos** (= **Segisamo?**), **Sekopirikes** (= **Segobriga**) y **sekotias** (= **Segontia**), muestran una M (san). No puedo participar en la opinión corriente de que el letrero monetario **sekaisa** sea idéntico a la forma **Segisa** de Ptolomeo (véase M. LEJEUNE, op. cit. nota 8, pág. 44, con dudas, y U. SCHMOLL, op. cit. en la misma nota, pág. 40, nota 1); la discrepancia fonética no se explica bien y, además, no es verosímil que las monedas de **sekaisa** procedan de la Bastetania. No es, pues, imposible que la homofonía de la primera sílaba de **Segia** y **Segisa** con la de los topónimos celtibéricos (**Segontia**, etc.) sea casual.



MAPA 10: El elemento seg- en topónimos y antropónimos. En cuanto a los nombres de personas, véase la nota a los mapas 5, 6 y 7.

cimientos que han penetrado en el campo de la historia bajo el nombre de «guerras lusitanas», del siglo II antes de nuestra Era.

Mucho menos se sabe sobre lo que pudo ocurrir en la región saguntina para llevar hasta la zona costera los nombres de Segorbe y Palancia. No es más que una conjetura pensar en la posibilidad de unas expansiones provocadas por la caída de Sagunto al principio de la segunda guerra púnica: quizá los pueblos de las montañas vecinas aprovecharían la ocasión y rellenarían el vacío producido por la catástrofe del año 218 a. de C. estableciéndose entre la población de los alrededores fértiles de la ciudad. En todo caso, aquí, como en la Baeturia, un topónimo con el elemento **seg-** marca la expansión de tribus indoeuropeas. Quizá también nos sea lícito recurrir a una etimología que se nos impone para aquel elemento **seg-**: Puede proceder de la misma raíz que el gallo **Sego-** y el alemán **Sieg**, con lo que podríamos traducir **Segontia** por «la vencedora» y **Segobriga** por «monte de la victoria».

* * *

Son muy pocas las perspectivas que hemos logrado abrir sobre la historia de las lenguas prerromanas de la Península. Nos damos cuenta una vez más de los muchos problemas que quedan planteados y de las posibilidades de solución mediante las fuentes, tan ricas, pero a veces tan oscuras y difíciles de interpretar. Con este trabajo no hemos querido más que presentar un modesto ensayo de discusión sobre los caminos metódicos que pueden conducirnos a nuevas informaciones sobre la emocionante historia de la España prerromana.